

Los Altos de Chiapas en el umbral del tercer milenio: entre lo posible y lo deseable.¹

Juan Pedro Viqueira.

Mi trabajo como coeditor de la obra —cuya aparición hoy celebramos en San Cristóbal— requirió que leyera una y otra vez las contribuciones que la integran. La repetida frecuentación de estos textos, escritos por sobresalientes antropólogos e historiadores que han estudiado en profundidad y desde múltiples perspectivas el pasado y el presente de Chiapas, me hace creer —tal vez erróneamente— que algo he terminado por aprender de ellos y que de sus trabajos se pueden derivar algunas conclusiones que podrían ayudarnos a ver con algo más de lucidez la difícil situación por la que atraviesan los habitantes de Chiapas —ya sean éstos indígenas o ladinos—, en particular de aquellos que pueblan esta región de Los Altos. A pesar de que las breves reflexiones que quiero compartir con ustedes lo deben casi todo a los estudios que componen *Chiapas: Los rumbos de otra historia*, debo admitir que no estoy muy seguro de que todos sus autores estarían de acuerdo con ellas, menos aún con algunas consecuencias políticas que extraigo de sus análisis. Valga la advertencia, para que todas las burradas que a continuación

¹ Texto leído en San Cristóbal de Las Casas, el día 4 de junio de 1996, en ocasión de la presentación del libro *Chiapas: Los rumbos de otra historia*, Edición de J. P. Viqueira y M. H. Ruz, México, Centro de Estudios Mayas del Instituto de Investigaciones Filológicas y Coordinación de Humanidades (UNAM), Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, y Universidad de Guadalajara, 1995.

expreses me sean atribuidas a mi persona y no manchen el prestigio de los demás colaboradores del libro.

Para empezar, este libro ha fortalecido mi convicción de que más allá de los sucesos cotidianos que ocupan las páginas de los periódicos, de que más allá de las declaraciones de los funcionarios y políticos en turno, y de que más allá de las enconadas luchas sociales que desgarran al estado de Chiapas, es necesario prestar una detenida atención a los fenómenos sociales de larga duración que conforman la trama de la vida cotidiana de todos los hombres y mujeres, y que la transforman en forma silenciosa, pero profunda. Retomando la hermosa y precisa imagen de Miguel de Unamuno: hay que observar más las corrientes profundas del mar y menos la volátil espuma de las olas, para ser capaz de plasmar en el mundo de lo posible, lo deseable: "Sólo quien quiera cuanto suceda, logrará que suceda cuanto él quiere", escribió este mismo filósofo español, en su novela que lleva un título de gran actualidad: *Paz en la guerra*.

Uno de estos fenómenos de larga duración que marcan toda la vida social es sin duda el de la evolución demográfica de la población. Desde hace unas pocas décadas —no más de dos— la población de Chiapas crece a un ritmo superior que la del resto del país. Sin duda, Chiapas emprenderá en las próximas décadas una transición demográfica similar a la que han conocido tantas otras sociedades, es decir que sus habitantes empezarán a controlar su fecundidad para volver a tener un número limitado de hijos vivos. Sin embargo, es bien sabido que este proceso de ajuste suele llevar varias décadas y que sus efectos sólo empiezan a hacerse sentir en el crecimiento demográfico unos 30 ó 40 años después de la adopción generalizada de medidas de control de la natalidad. Es decir, que salvo conmoción mundial, guerra devastadora o epidemias de una virulencia comparable a las que azotaron la región en la época colonial, la población de Los Altos de Chiapas va a seguir creciendo a un ritmo acelerado por lo meno durante medio siglo más.

A ello hay que añadir que el viejo modelo económico regional, instaurado a fines del siglo XVII, en el que Los Altos de Chiapas funcionaban como una gran reserva de mano de obra

barata para otras regiones de Chiapas —como la Depresión Central o el Soconusco— o de Tabasco, entró en crisis hace ya algunas décadas, cuando estas regiones dejaron de requerir del trabajo estacionario de los indígenas de Los Altos. Ante el agotamiento y escasez de tierras cultivables en la región, es previsible que muchos de sus habitantes —tanto indígenas como ladinos, pobres como ricos— emigren en forma definitiva a otras regiones, a otros estados e incluso a otros países en busca de trabajo y de mejores condiciones de vida. Hoy como ayer, el desarrollo económico de Chiapas está ligado al del resto del país y a los vaivenes del mercado mundial. Si la actual recesión económica nacional se prolonga, el futuro de Chiapas será de lo más sombrío. Pero aun en caso de que México en su conjunto conozca una recuperación sostenida, si Los Altos de Chiapas no emprenden una transformación radical de su economía para darle trabajo a su población en rápido crecimiento —a través de formas de trabajo agrícola o artesanal que requieran del uso intensivo de mano de obra y a través de un aumento espectacular del turismo—, la miseria y la inestabilidad social seguirán en aumento.

En la actualidad estamos viendo cómo los indígenas están redefiniendo sus identidades. Recurro al plural, porque ellos como todos los hombres participan al mismo tiempo de muy diversas identidades. Es bastante probable que las identidades que rebasan el ámbito local, tales como las identidades regionales, políticas y religiosas, cobren una mayor fuerza. La insistencia de antropólogos, funcionarios, activistas políticos y líderes indígenas en identificar la etnia con la lengua terminará, sin duda, por influir en los sentimientos de identidad de los habitantes de Los Altos. Aunque, seguramente, al mismo tiempo la identidad indígena genérica, la que no distingue región de procedencia ni la lengua hablada, continuará siendo utilizada, cada vez con mayor frecuencia, para obtener mejores condiciones de vida y una mayor autonomía política. Por lo tanto, podemos asegurar que a pesar de lo que algunos desean y otros temen, los indígenas de Chiapas no van a desaparecer ni a corto, ni a mediano plazos, probablemente ni siquiera a largo plazo. No es demasiado aventurado pronosticar, entonces, que para el año

2010 —si no es que antes— los indígenas lleguen a constituir la mayoría de los habitantes de esta ciudad. De tal forma que si no se crean espacios de convivencia entre indígenas y ladinos, si no se destraban y se multiplican los canales de movilidad social, si no se combaten con energía las prácticas discriminatorias contra los indígenas, si no se fomenta el diálogo y el intercambio cultural entre los distintos grupos socio-culturales de Los Altos, los fundamentalismos étnicos empezarán a proliferar con su inevitable secuela de violencia y destrucción.

Las formas de control político sobre las comunidades indígenas forjadas en los años de 1930 y 1940 se encuentran hoy en día totalmente agotadas. La competencia por los recursos materiales y por el poder en Los Altos —competencia que es consubstancial a las sociedades humanas— carece hoy en día de vías pacíficas de solución, de tal forma que los conflictos derivan demasiado a menudo en sangrientos enfrentamientos armados. No tiene nada de sorprendente que el control clientelista y caciquil de la población de Los Altos haya entrado en crisis al mismo tiempo que el modelo corporativista de partido único que ha imperado en el país en los últimos 70 años. Uno y otro forman parte de un mismo sistema político en plena descomposición. Dadas las exigencias de los ciudadanos mexicanos y el clima internacional favorable a la democracia, la alternancia en el poder entre distintos partidos políticos —a nivel municipal, estatal e incluso nacional— va a ser la norma en el corto plazo. Ello va a traer como consecuencia un manejo más descentralizado de los recursos fiscales. Existe sin embargo, el peligro de que el inevitable debilitamiento del poder presidencial, desate, en las regiones en las que la democracia esté menos implantada, una sorda lucha entre grupos rivales. El hecho de que en Chiapas —a pesar de que todos nos llenamos la boca con la palabra democracia— el gobierno, la clase política y por muy distintas razones muchas de las organizaciones sociales —entre las que hay que incluir al EZLN— no crean en las bondades de la democracia electoral —lo que se tradujo en 1995 en una bajísima tasa de participación electoral— no augura nada bueno. A mi juicio, es un craso error oponer la organización de la sociedad civil al fortalecimiento de la democracia partidista. Los grupos de la

sociedad civil —tales como organizaciones indígenas o campesinas, sindicatos obreros, asociaciones vecinales, centros de defensa de los derechos humanos, y movimientos feministas y ecologistas—, no encuentran mejores condiciones para su desarrollo y mayores oportunidades para influir en la toma de decisiones que las que se dan en un sistema de partidos políticos con alternancia en el poder y con una fuerte y constante competencia electoral. La reglamentación de la elección de autoridades políticas en las comunidades indígenas a través de usos y costumbres —propuesta apoyada por una multitud de actores políticos, desde el presidente de la república hasta sus más acérrimos críticos— muy bien podría resultar contraproducente y multiplicar los conflictos violentos internos. ¿Cómo se va a garantizar —me pregunto— que estos usos y costumbres no limiten la participación política de las mujeres, los jóvenes o los protestantes?, por dar algunos ejemplos. En caso de desacuerdo interno, ¿quién va a decidir cuáles son los "auténticos" usos y costumbres? ¿No sería preferible, entonces, buscar nuevas formas de democracia electoral comunes a todos los ciudadanos mexicanos que sean más representativas, más participativas y más flexibles para que puedan dar cabida a las contrastadas realidades sociales que integran al país?

Si la región se hunde en la miseria y en la violencia política, social y racial, la envidia, el miedo, el resentimiento y el oportunismo pasarán a constituir los principales motores de la vida cotidiana. Muchos chiapanecos buscarán entonces satisfacer su necesidad de reconocimiento social adhiriéndose ciegamente a las consignas de alguno de los bandos enfrentados y buscarán destacar por su fanática entrega a la causa —no importa cuál sea ésta—, sin escatimar medio alguno, aunque éste suponga el recurso a la violencia. No quedará entonces mucho lugar para los campesinos que contemplan gozosos su milpa bien cuidada, para las indígenas ufanas de su hermoso tejido multicolor que suscita la admiración de propios y extraños, para los albañiles que logran, por fin, construir su propia casa, para los maestros satisfechos por los progresos de sus alumnos, para los mayordomos colmados de felicidad ante la fiesta espléndida y animada que han logrado organizar, para los vecinos que presu-

men de las mejoras a su barrio o paraje, para los padres orgullosos de las mejores condiciones de vida alcanzadas por sus hijos y de haberles transmitido una cultura de hondas raíces, renovada y enriquecida por su diálogo con otras culturas. En resumen, si el hambre, la injusticia y la violencia siguen extendiéndose por Chiapas no quedarán, pues, muchos espacios para las mujeres y los hombres de bien que encuentran su realización en un trabajo creador y que a través de él buscan el reconocimiento y la estima de sus prójimos.